

guida en la *Revista Española* con el temible y felicísimo pseudónimo de *Figaro*, tan fácilmente inmortalizado. Por último, en los artículos de costumbres y las revistas teatrales de *El Español* acabó de formarse aquella fama, en la que no libó la miel de la satisfacción, sino las hieles del hastío¹. Este agotamiento de todas las ilusiones con que la imaginación embellece el mundo, influyó no poco en el misántropo Larra para tomar la suprema y espantosa resolución que puso término á sus días.

Parte por la novedad del género, parte por la innegable perspicacia y las extraordinarias dotes del incógnito *Figaro*, parte, en fin, por el atraso intelectual en que España se encontraba á la sazón, todos saludaron al periodista novel como á un astro de la literatura.

Hay quien desconoce en Larra al pintor de costumbres, reduciéndole á un simple escritor político de inagotable vena y desenfado sin igual; pero en realidad fué las dos cosas, y basta fijarse en la parte que da en sus artículos á las ridiculeces sociales y literarias, y á lo acertado del desempeño en la mayoría de las ocasiones, para convencerse de que no era la política el norte exclusivo de su observación. Nada se sustrae

costumbres, etc., etc., por el Bachiller D. Juan Pérez de Munguía. El artículo mutilado, ó sea refundido (según confiesa el mismo Larra), que sirve de introducción (¿Quién es el público y dónde se le encuentra?), está imitado de Jouy, lo cual dió pie al crítico de las Cartas Españolas para decir de él á vuelta de algún elogio: «... pero su origen transpirenaico, por más que la obra ha querido ponerse á la española, no prueba hasta ahora sino que el señor Bachiller es un sastrero literario que no carece de habilidad para zurcir diestramente lo que cortó con acierto la tijera francesa.» (Cuaderno 66, 23 de Agosto de 1832.) Curioso rasgo de severidad contra quien fué llamado poco después á colaborar en las publicaciones del afortunado Carnerero.

¹ Véase *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, publicados en los años 1832, 1833, 1834 (1835 y 1836) en EL POBRECITO HABLADOR, la REVISTA ESPAÑOLA, EL OBSERVADOR, LA REVISTA MENSAJERO y EL ESPAÑOL, por D. Mariano José de Larra. Madrid, 1835-1837. (Cuatro tomos en 16.º)*

á ella de cuanto podía fijarla por algún motivo; todo lo recorre con igual fortuna, desde los *calaveras* afortunados que llegan á captarse las más anheladas simpatías, y *El hombre-globo*, calamidad de aquél y de todos los tiempos; desde los toscos modales de los que hoy llaman *artistas*, hasta las impolíticas dilaciones de *Vuelva Ud. mañana*, y las hipocresías de la alta sociedad, tan bien representadas en *Todo el mundo es máscaras, todo el año es Carnaval*.

En punto á costumbres literarias, ¿cuándo escribió *Figaro* nada más gracioso que *La polémica literaria*, *Yo quiero ser cómico* y las cartas de Andrés Niporesas y el Bachiller Munguía en algunas de sus partes? ¿Quién retrató más gráficamente al traductor famélico, á los disputadores de gaceta y al aprendiz de escritor que aún no ha perdido el pelo de la dehesa? Lo exagerado de la pintura, que otras veces es descripción exactísima, disminuirá acaso la verosimilitud, que no la sal de aquellas interminables ocurrencias. La tan ponderada rechifla en que Mesonero ridiculizó al *romanticismo* y los *románticos* no excede á algunas de Larra.

Lo que hay es que éste, conociendo todos los flacos de la sociedad, se excedió á sí mismo al hablar de política, plato más nuevo y más sabroso para el gusto de entonces, perjudicando en cierta manera á su fama la flexibilidad multiforme de su ingenio. Y eso que á nadie aduló su natural adustez; antes bien ponía juntamente en la picota del ridículo á hombres tan semejantes como Martínez de la Rosa y Mendizábal. Los eclecticismos de mala ley, las informalidades electorales, la empleomanía voraz, las perennes mudanzas de opinión puestas al servicio del estómago, la apoteosis hipócrita y calculada de la libertad y la fraseología parlamentaria encontraron en Larra un enemigo implacable á vuelta de alabanzas irónicas. Ni el Estatuto, ni la Constitución del año 12, satisficieron á este

profético abogado de la democracia, que ni aun pudo atravesar las fórmulas religiosas con que encabezaron su código los Diputados de Cádiz.

La guerra carlista, que con tan absurdo desdén miraban ó afectaban mirar nuestros políticos, fué considerada por *Figaro* como cosa seria, aunque, para él, hija del fanatismo ciego y de la barbarie. Pero si censuró agriamente aquella calificación de *¡Un faccioso más!* aplicada á D. Carlos, empeñábase, por otra parte, en mostrar al Pretendiente y á sus partidarios como una turba de bandidos y de idiotas, esgrimiendo contra ellos su pluma en tres ó cuatro artículos célebres, donde, aparte de la exorbitancia cruel del fondo, llegan á su más alto punto la *vis cómica*, juntamente con la injusticia y el encono. ¿Quién olvidará al Padre Vaca y sus tonterías sobre el herejote *Recherches*, ni al atónito viajero detenido en Vitoria? ¿Quién no tiene tentaciones de reirse al leer simplemente el encabezamiento de *La planta nueva ó el faccioso, artículo de Historia natural?* Por de contado, al entrar en el candente terreno de la oposición política, Larra deja el escenario de la realidad y busca el suyo propio en los dominios fantásticos de la sátira, siguiendo quizá las huellas de Pablo Luis Courier, con quien tenía en todo caso muchos puntos de semejanza.

No he de olvidar á un ingenio casi desconocido hasta la fecha como escritor de costumbres, y que lo fué de alguna valía¹. Don José Somoza manejaba la pluma, lo mismo en verso que en prosa, con una limpieza y un donaire que en nada estorban á la sencillez y al sabor castizo, tan infrecuente en sus tiempos. Aquí estriba el principal encanto de sus narraciones,

¹ *Obras de D. José Somoza. Artículos en prosa.* Madrid, 1842. La mayor parte de ellos están reproducidos en el tomo III de los *Poetas líricos del siglo XVIII* con el título de *Recuerdos é impresiones* (páginas 453-464).

todas de tan movido y tan elegante estilo, de tan fácil y espontánea naturalidad, que cautivan invenciblemente la atención sin artificios ni violencias. Los usos, trajes, preocupaciones y misterios del siglo XVIII en España, están retratados por Somoza, aunque muy en breve, con una fidelidad artística, superada sólo por Goya y D. Ramón de la Cruz. Tienen además estos *Recuerdos é impresiones* la circunstancia de ser en gran parte personales y autobiográficos, á diferencia de tantos otros en que pierden el tiempo los observadores por oficio y profesión. Sirven en esta parte de muestra y de modelo *La vida de un diputado á Cortes* y *El riesgo de la Pesqueruela*. El *Solitario* hubiese tenido celos de algún cuadro de costumbres andaluzas entre los de la colección, con no ser éste el gusto predominante en Somoza. Rasgo característico suyo es lo repentino de las transiciones, que trasladan de un lugar á otro la imaginación hiriéndola con un desenlace trágico después de prolongadas y jocosas descripciones. En todo se ve el ánimo expansivo y naturalmente benéfico de Somoza, aunque pervertido por tenaces preocupaciones que él mismo reconoce como tales.

Con el pseudónimo de *Abenamar* escribía el apreciable y malogrado ingenio aragonés D. Santos López Pelegrín, que tuvo, entre otras, la feliz idea de combatir á las personas y á las instituciones por medio de las alegorías de la tauromaquia, siempre con chiste inofensivo aunque no muy culto. Sin desconocer lo transcendental de sus defectos, es preciso confesar que sus artículos de costumbres están llenos de originalidad y de inventiva, que no hacen dormir por su monótona pesadez como algunos de los mismos Larra y Mesonero, y que en materia tan trillada supo abrirse un camino propio, gloria vedada á los imitadores adocenados.

Pelegrín se dió á conocer en un periódico al que impuso el título de *El Abenamar*, y que se publicaba

junto con *El Estudiante*¹, pseudónimo adoptado por el atildadísimo D. Antonio María Segovia, á quien más tarde admitió en su seno la Academia de la Lengua. El prurito de la corrección y del esmero en las formas guió constantemente su pluma, y primero perdonaba en sus desahogos al Ministro ignorante y á los vividores de la política que al traductor agabachado². Los barbarismos de lenguaje fueron su eterna pesadilla, y en este terreno despliega con mayor dominio del asunto la gracia y la ingeniosidad, que no le abandonan totalmente en otros. La traducción al lenguaje moderno de los primeros párrafos del *Quijote*, uno de los últimos trabajos de *El Estudiante*, deja ver aún la fácil y donairova vena del satírico saliendo por los fueros de la gramática y del sentido común. Fuese convicción sincera, fuese salida humorística, ó mezcla acaso de entrambas cosas, Segovia llegó á publicar con su nombre verdadero un artículo extrañísimo sobre *Los anónimos, los anonimistas y los anonimados*, en que truena contra la costumbre de adoptar pseudónimos, y promete por su parte la más radical enmienda; mas para entonces eran ya muy contados los que se acordaban de *El Estudiante*, á quien tampoco permitía la vejez repetir las escaramuzas de otros tiempos.

Sus mismos pujos literarios restringían el número de sus lectores, y le hicieron incomprensible casi para el vulgo, con el que se las entendía harto mejor don Modesto Lafuente, el fecundísimo periodista y revistero, tan conocido con el sobrenombre de *Fray Gerundio*, y á quien pertenece la gloria de haber expuesto en estilo corriente los misterios más recónditos de la política, ocultos á profanas miradas, haciéndolos

¹ Los dos periódicos se publicaron en 1838, refundiéndose en el *Nosotros*.

² Véase Colección de composiciones en prosa y verso de *El Estudiante*. Madrid, 1839.

accesibles á todo el mundo desde que ideó para inteligencia del pueblo los nombres y carácter de aquellos dos sempiternos intérpretes, en cuya boca ponía el autor sus opiniones y desahogos. Aun no había concluído la primera guerra civil cuando comenzó á cruzir el látigo de *Fray Gerundio* en sendas y consecutivas *Capilladas* (1838-1844), de más efecto en la opinión pública que los discursos de veinte diputados en el Parlamento. Notado siempre por sus ideas exaltadamente liberales, no las desmentía el recalciante teólogo en sus sátiras, menos duras con los progresistas que con los moderados, consiguiendo á la vez que su periódico fuese leído y comentado como ninguno en toda España. No concluyeron con ésta las publicaciones del afortunado escritor, que algunos años después redactaba el *Viaje aerostático*, la *Revista Europea*, etc., donde reaparecieron con sus nombres de pila los indispensables *Fray Gerundio* y *Tirabeque*.

Mezquinos quilates reunía el ponderado talento satírico de D. Modesto Lafuente, quien debió tanto, por lo menos, como á él, á la loca fortuna y á la inmejorable oportunidad de las circunstancias. Sus humoradas adolecen de frialdad insulsa y de la bajeza más ramplona. La fecundidad, el tino y la travesura del autor, juntamente con las disposiciones del público que le admiraba, suplieron fácilmente por todo; pero el brillo de aquella fama se desvaneció como los fuegos fatuos, y hoy parecería una verdadera profanación comparar el *Fray Gerundio* con *El Padre Cobos* por no tocar siquiera al nombre de Cervantes, que han recordado ociosa y desatentadamente algunos críticos.

Después de los autores mencionados cultivó Antonio Flores el género de costumbres, ya en periódicos y revistas, ya en voluminosos libros¹. Redactor y fun-

¹ *La historia del Matrimonio. Gran colección de cuadros vivos matrimoniales...* Madrid, 1852.—*Ayer, hoy y mañana, ó la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850 y*

dador de *El Laberinto*, allí aplicó sus aptitudes humorísticas á la descripción del pueblo bajo madrileño, mina que no había explotado bien *El Curioso Parlante* en sus *Escenas*; y curándose de todo miedo á las exterioridades soeces y repulsivas, acomete la empresa de reproducir sin escrúpulos ni melindres las crudezas de la realidad; pero el chiste brota de su pluma perezosamente y con las premiosas intermitencias de quien busca los medios para hacer reír porque no se los ofrece su inventiva. Aficionado á las exageraciones y al figurón, no por eso realiza su propósito con más fortuna, aunque frecuentemente veamos en él al observador diestro y minucioso y al esmerado prosista.

Los cuadros sociales de *Ayer, hoy y mañana*, y sobre todo los de la primera parte (que quizá influyeron algo en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós), aseguran á Antonio Flores un puesto cercano al de *Figaro* y *El Curioso Parlante*. Su mérito más insigne estriba en la original disposición de los asuntos, así como lo recargado de las tintas y el abuso de las personificaciones alegóricas sublevan al más paciente lector en una multitud de pasajes en que se fuerza la máquina del raciocinio para suplir la ausencia de la inspiración franca y natural.

Repito que la parte consagrada á las costumbres de *Ayer* excede con mucho en valentía de ejecución y brillantez de colorido á los triviales y falsos bocetos de *Hoy* y *Mañana*. Desde que aparece en escena Ambrosio Tenacilla, alias *Pajarito*, el peluquero, sentimos irresistible comeción de penetrar los misterios de la pintoresca vida madrileña en aquellos días que sirven de nexos entre el siglo XVIII y el XIX, asistimos con fruición á las conferencias del abigarrado concurso que se reunía en las gradas de San Felipe el Real, á las vi-

1899, *dibujados á la pluma*. Madrid, 1853. Contiene la primera parte de la obra, que se ha publicado después íntegra varias veces. (Madrid, 1863-1864.—Sevilla, 1880.)

sitas de ceremonia ó de confianza que entretenían los ocios de nuestros abuelos, á los Capítulos de los frailes y á la curiosa exhibición de todas las clases sociales desde la Iglesia y la aristocracia hasta los habitantes del Lavapiés y del Barquillo, y la colonia estudiantil de Alcalá; reconstruimos aquel mundo que hoy sólo existe en los lienzos de Goya, en las comedias de Moratín y en los sainetes de D. Ramón de la Cruz.

Los representantes de *Hoy*, Don Plácido Regalias y Privilegios y Don Restituto Igualdades y Garantías, nos introducen en los yerros de la abstracción y nos rinden con las jornadas fatigosas de *El te y el chocolate*, *La empleomanía*, *los empleados*, *los empleos* y *los empleadores*, *El sí de las madres*, *El diputado monosilabo*, *El cuarto poder del Estado*, etc. Las fantásticas visiones de *Mañana* recuerdan los procedimientos de Verne y Souvestre, y no dejan de encerrar contrastes ingeniosos á falta de más seguro atractivo.

Hubo un tiempo, muy breve, en que bullía por los círculos de la corte el literato gallego D. Antonio Neira de Mosquera, de tan singular y descontentadizo humor como indican las semblanzas político-literarias y los artículos de costumbres agrupados en su libro *Las ferias de Madrid*¹. Su causticidad de *Figaro* en miniatura y su falta de miramientos con las personas se castigaron haciendo el vacío en torno del autor, cuya pluma valía, sin embargo, más que la voluntad.

Los escritores de costumbres se iban multiplicando progresivamente, y apenas hubo uno solo entre los que blasonaban de literatos ó se entrometían por las redacciones de los periódicos que no se creyese con fuerzas para explotar este fecundo terreno. No es para omitido en esta historia el nombre de un libro famoso en que colaboraron un sinnúmero de autores, tan distinguidos algunos (pero no en éste, sino en

¹ Madrid, 1845.

otros ramos de literatura) como el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Gil y Zárate, Rodríguez Rubí, Zorrilla y Navarro Villoslada, aparte de los conocidos ya como inteligentes en la materia. El conjunto de *Los españoles pintados por sí mismos* es desigual, confuso y abigarrado, efecto de la prodigiosa variedad en los tipos y los retratos de los que pocos traspasan los límites de la medianía, á no ser que se les considere como documentos de historia. En el éxito de esta colección ¹ influyeron, no sólo lo ilustre de las firmas, sino también los ardidés editoriales.

No dió muchas más señales de vida el género de costumbres en su antigua forma, hasta que reapareció adoptando otras nuevas y variadas. Como todo lo que se vulgariza y extrema, degeneró en monomanía iliteraria, ocupación de ociosos é ignorantes, y plaga temible que llegó á inundar todas las publicaciones. Poco perdonará el olvido entre aquel fárrago indigesto é interminable; pero, considerando las cosas á buena luz, no sería difícil ver en el espíritu reflexivo y de observación que de aquí nació uno de los medios que más coadyuvaron á enfrenar los excesos de la desordenada fantasía, escollo principal del romanticismo, trayendo como por la mano la provechosa reacción, cuya necesidad se dejaba sentir universalmente.

¹ El editor Boix la publicó por vez primera (Madrid, 1843), incluyéndola más tarde Gaspar y Roig en su Biblioteca. Esta obra produjo varias similares: *Los cubanos pintados por sí mismos* (Habana, 1852), *Los valencianos pintados por sí mismos* (Valencia, 1859), *Las españolas pintadas por los españoles*, *Los españoles de hogaño*, etc.



CAPÍTULO XVIII

EL ROMANTICISMO EN LA NOVELA

Datos preliminares.—Primeras traducciones é imitaciones de Walter Scott.—López Soler, Vayo, Larra, Espronceda, Villalta, Escosura, E. Calderón, Martínez de la Rosa, Enrique Gil, etc.

NADA más desmedrado y estérilmente fecundo que la novela española en las tres primeras décadas del siglo actual, alimentada exclusivamente por el sentimentalismo lacrimoso y las moralidades soporíferas. Richardson, J.-J. Rousseau y Marmontel ¹ formaban parte principalísima del repertorio en boga; tenía su numerosa turba de admiradores el caballero Florián, refundidor ignaro de Cervantes, y de quien se tradujeron las mal llamadas historias españolas y portuguesas ²; alcanzaban la misma suerte, aunque harto más merecida, la *Atala*, *René*, *Las aventuras del último abencerraje* y *Los Natchez*, de Chateau-

¹ De *Clara Harlowe* se hizo una reimpresión en nueve tomos (Madrid, 1829); se acercan á media docena las de *Julia ó la nueva Heloísa*, sumadas las dos versiones de Marchena y D. José Mor de Fuentes; del *Belisario* hay una anónima (Burdeos, 1820), descontando las del siglo XVIII.

² *Gonzalo de Córdoba ó la conquista de Granada*, escrita por el caballero Florián. Publicala en español D. Juan López de Peñalver. Tercera edición. Madrid, 1826.